

Antología de textos clásicos

Hércules, Neso y Deyanira

- Sin embargo, a este que domó la pérdida de su arrebatada gracia, el resto salvo lo tiene. De su cabeza el daño, además, con fronda de sauce o sobrepuesta caña lo esconde.

Mas a ti, Neso fiero, tu ardor por esa misma doncella te había perdido, atravesado en tu espalda por una voladora saeta. Pues regresando con su nueva esposa a los muros patrios había llegado, rápidas del Eveno, el hijo de Júpiter a sus ondas. Más abundante de lo acostumbrado, por las borrascas invernales acrecido, concurrido estaba de torbellinos e intransitable ese caudal.

A él, no temeroso por sí mismo, pero preocupado por su esposa, Neso se acerca y, fuerte de cuerpo y conocedor de sus vados:

«Por servicio mío será ella depositada en aquella orilla», dice, «Alcida. Tú usa tus fuerzas nadando».

Y a ella, palideciente de miedo y al propio río temiendo, se la entregó el Aonio, a la asustada Calidonia, a Neso.

En seguida, como estaba y cargado con la aljaba y el despojo del león —pues la clava y los curvos arcos a la otra orilla había lanzado—:

«Puesto que lo he empezado, vencamos a las corrientes», dijo, y no duda, ni por dónde es más clemente su caudal busca y desprecia ser llevado a complacencia de las aguas. Y ya teniendo la orilla, cuando levantaba los arcos por él lanzados, de su esposa conoció la voz, y a Neso, que se disponía a defraudar su depósito: «¿A dónde te arrastra», le clama, «¿tu confianza vana, violento, en tus pies? A ti, Neso biforme, te decimos. Escucha bien y no las cosas interceptes nuestras».

«Si no te mueve temor ninguno de mí, mas las ruedas de tu padre podrían disuadirte de esos concúbitos prohibidos. No escaparás, aun así, aunque confíes en tu recurso de caballo; a herida, no a pie te daré alcance». Sus últimas palabras con los hechos prueba y lanzando a sus fugitivas espaldas una saeta los traspasa: sobresalía corvo de su pecho el hierro.

El cual, no bien fue arrancado, sangre por uno y otro orificio rielaba, mezclada con la sanguaza del veneno de Lerna. La recoge Neso; «Mas no moriremos sin vengarnos», dice entre sí y unos velos teñidos de su sangre caliente da de regalo a su secuestrada como si fuera un excitante de amor.

Apuleyo, *El asno de oro* IV, 28. Ap

Muerte y apoteosis de Hércules

- Larga fue la demora del tiempo intermedio, y los hechos del gran Hércules habían colmado las tierras y el odio de su madrastra. Vencedor, desde Ecalia, preparaba unos sacrificios votados a Júpiter Ceneo, cuando la Fama locuaz se anticipó hasta los oídos, Deyanira, tuyos, la que a la verdad se goza de añadir mentiras y desde lo más pequeño crece merced a sus mentiras, de que el Anfitriónida era presa del fuego de Iole.

Lo cree su enamorada, y aterrada por la fama de esa nueva Venus condescendió, a lo primero, a las lágrimas, y llorando disipó, digna de compasión, el dolor suyo. Justo después: «¿Por qué empero lloramos?», dice. «Mi rival se alegrará de estas lágrimas.

La cual, puesto que va a llegar, algo habré de apresurar e inventar, mientras se puede, y en tanto aún no tiene otra mis tálamos. ¿Me quejaré o callaré? ¿Volveré a Calidón o me demoraré? ¿Saldré de estos techos o, si otra cosa no, me opondré a ellos? ¿Qué si acordada, Meleagro, de que soy tu hermana acaso preparo un crimen y cuánto la injuria pueda, y mi femíneo dolor, degollando a mi rival atesto?».

En cursos varios marcha su ánimo. A todos ellos prefirió, embebida de la sangre de Neso, una veste enviarle que las fuerzas le devuelva de su repudiado amor, y a Licas, que lo ignora, sin ella saber qué entrega, sus lutos propios ella entrega, y que con tiernas palabras, la muy desgraciada, dé los regalos esos a su esposo, le encarga. Los coge el héroe, sin él saber, y se inviste por los hombros el jugo de la hidra de Lerna. Inciensos daba y palabras suplicantes a las primeras llamas, y vinos de una pátera vertía en las mármóreas aras.

Se calentó la fuerza aquella del mal y, desatada por las llamas, marcha ampliamente difundida de Hércules por los miembros. Mientras pudo con su acostumbrada virtud su gemido reprimió. Después que vencido por los males fue su sufrimiento, empujó las aras y llenó de sus voces el nemoroso Eta. Y no hay demora, intenta rasgar su mortífera vestidura: por donde tira, tira ella de la piel, y horrible de contar, o se prende a su cuerpo en vano intentándose la arrancar, o lacerados miembros y grandes descubre huesos.

El propio crúor, igual que un día la lámina candente mojada en la helada cuba, rechina y se cuece del ardiente veneno, y medida no hay, sorben ávidas sus entrañas la llamas y azul mana de todo su cuerpo un sudor y quemados resueñan sus nervios y, derretidas las médulas de esa ciega sanguaza, levantando a las estrellas sus palmas:

«De las calamidades», grita, «Saturnia, cébate nuestras, cébate y esta plaga contempla, cruel, desde el alto, y tu corazón fiero sacia. O si digno yo de compasión hasta para un enemigo, esto es, si para ti lo soy, de siniestros tormentos mi enfermo y odiado aliento y nacido para las penalidades, llévate.

La muerte me será un regalo. Decoroso es estos dones dar a una madrastra.

¿Así que yo al que manchaba sus templos con crúor extranjero, a Busiris he sometido, y al salvaje Anteo arrebaté el alimento de su madre, y ni a mí del pastor ibero su forma triple, ni la forma triple tuya, Cérbero, me movió, y ¿acaso vosotras, manos, no agarrasteis los cuernos del fuerte toro?

¿Vuestra obra Elis tiene, vuestra las estinfálides ondas y el partenio bosque? ¿Por vuestra virtud devuelto, en oro del Termodonte labrado, el tahalí, y las frutas custodiadas por el insomne dragón, y no a mí los Centauros me pudieron resistir, ni a mí el devastador jabalí de la Arcadia, ni le sirvió a la hidra el crecer merced a su merma y retomar geminadas fuerzas?

¿Y qué de cuando los caballos del tracio vi, cebados de sangre humana, y llenos de cuerpos trancos sus pesebres vi y vistos los derribé y a su dueño y ellos di muerte?

Por estos brazos golpeada yace la mole de Nemea, a [por estos Caco. Horrendo monstruo del litoral tiberino], en este cuello llevé el cielo. De dar órdenes se agotó la salvaje esposa de Júpiter: yo no me he agotado al realizarlas.

Pero esta nueva plaga llega, a la cual ni con virtud ni con armas y armaduras

resistírsele puede. Por los pulmones profundos vaga un fuego voraz y se ceba por todos los miembros. Mas vivo está Euristeo, ¿y hay quienes creer puedan que hay dioses?», dijo, y por el alto Eta herido no de otro modo camina que si venablos un toro en su cuerpo clavado lleva y al autor del acto rehuyera.

Lo vieras a él muchas veces dejando escapar gemidos, muchas veces bramando, muchas veces reintentando quebrantar esas vestiduras todas, y tumbando troncos, y enconándose en los montes, o tendiendo los brazos al cielo de su padre. He aquí que a Licas, escondido tembloroso en una peña ahuecada, divisa, y como el dolor había reunido toda su rabia: «¿No has sido tú, Licas», dijo, «el que estos funerarios dones me has dado? ¿No has de ser tú el autor de mi muerte?». Tiembla él y se estremece, pálido, y tímidamente palabras exculpatorias dice.

En diciéndolas, y mientras se disponía a llevar las manos a las rodillas de él, lo agarra el Alcida y rotándolo tres y cuatro veces lo lanza más fuerte que en el tormento de la catapulta hacia las ondas eubeas. Él, suspendido por las aéreas auras, se puso rígido, y como dicen que las lluvias se endurecen con los helados vientos, de donde se hacen las nieves, y también, blando, de las nieves al rotar, se astringe y se aglomera su cuerpo en denso granizo, que así él, lanzado a través del vacío por esos vigorosos brazos y exangüe de miedo y sin tener líquido alguno, en rígidas piedras fue él convertido, cuenta la anterior edad.

Ahora también en el profundo euboico, en el abismo, una peña breve emerge, y de su humana forma conserva las huellas, al cual, como si lo fuera a sentir, los navegantes hollar temen, y le llaman Licas. Mas tú, célebre hijo de Júpiter, cortados los árboles que llevara el arduo Eta e instruidos en una pira, que tu arco y tu aljaba capaz, y las que habrían de ver de nuevo los reinos troyanos, esas saetas, ordenas que las lleve al hijo de Peante, por servicio del cual fue aplicada la llama, y mientras de ávidos fuegos se prende toda esa empalizada en lo alto del montón de bosque tiendes tu vellón de Nemea e imponiendo tu cuello en la clava te recuestas, no con otro rostro que si cual comensal yacieras entre copas llenas de vino puro, coronado de guirnaldas.

Y ya vigorosa y derramándose por todos lados sonaba, y sus tranquilos miembros y a su despreciador buscaba la llama: temieron los dioses por su defensor en la tierra. A los cuales así —pues lo notó— con alegre boca se dirige el Saturnio Júpiter: «Para nuestro agrado es el temor este, oh altísimos, y pláceme en todo mi pecho y agradezco que de un pueblo atento se me dice soberano y padre, y también mi descendencia por vuestro favor está a salvo.

Pues aunque ello se concede a los ingentes hechos de él mismo, obligado estoy yo también. Pero no se atemoricen, pues, vuestros fieles pechos por un miedo vano: despreciad las eteas llamas.

El que todo lo ha vencido vencerá, los que veis, a esos fuegos, y no, sino en su parte materna, sentirá al poderoso Vulcano: eterno es lo que sacó de mí y ajeno e inmune a la muerte y no domable por ninguna llama, y ello yo, cuando él haya acabado en la tierra, en las celestes orillas lo recibiré, y en que a todos los dioses placentero será mi acto confío; si alguno, aun así, de Hércules, si alguno acaso se habrá de doler de él como dios, no querrá que estos premios se le hayan dado, pero sabrá que ha merecido que se le den y contra su voluntad lo aprobará».

Asintieron los dioses; la esposa regia también pareció que lo demás con no duro semblante, con duro las últimas palabras, había admitido, y que se dolía hondo de que se la señalara.

Mientras tanto, cuanto fue devastable a la llama, Múlciber se lo llevó, y no reconocible quedó la efigie de Hércules y nada sacado de la imagen de su madre posee y solo las huellas de Júpiter conserva; y como una serpiente nueva cuando, depuesta su piel vieja, exuberar suele y resplandecer con su escama reciente, así, cuando el tirintio se despoja de sus miembros mortales la parte mejor de sí cobra vigor y empieza él a parecer más grande y a volverse por su augusta gravedad temible.

Al cual su padre el todopoderoso, arrebatándolo entre las cóncavas nubes con su cuadriyugo carro lo indujo entre los radiantes astros.

Ovidio, *Metamorfosis*, IX, vv. 98-274